



 **Jean-Christophe**
Grangé Muerte en el
Tercer Reich

DESTINO

Muerte en el Tercer Reich

Jean-Christophe
Grangé

Traducción de
Gustavo Osorio de Ita

Ediciones Destino
Colección Áncora y Delfín
Volumen 1605

Título original: *Les promises*

© Jean-Christophe Grangé, 2021

© por la traducción del francés, Gustavo Osorio de Ita, 2022

© Editorial Planeta Mexicana, S.A. de C.V., 2022

© De esta edición, Editorial Planeta, S. A., 2023

Ediciones Destino, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.edestino.es

www.planetadelibros.com

Primera edición: abril de 2023

ISBN: 978-84-233-6310-0

Depósito legal: B. 4.369-2023

Composición: Realización Planeta

Impresión y encuadernación: Rotativas de Estella, S. L.

Printed in Spain - Impreso en España

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.



El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.

I

Los soñadores

I

—Todo ocurre en la campiña. Ella llega una mañana de invierno.

—¿Ha tenido oportunidad de ver aquellos lugares?

—No. He vivido en Berlín desde siempre, y detesto salir de la ciudad.

—Esta pequeña niña, descríbamela.

—Viste el uniforme de la Bund Deutscher Mädels, con su corbata negra, una falda larga y el escudo estampado con el águila del Reich. La veo acercarse entre la bruma. Ella me dice: «Vengo de parte de Hitler».

—¿Así, tan directo?

—Sí. Como si Hitler fuese de su familia o un conocido, no sé. Es absurdo. A lo largo del sueño cada detalle se encuentra recubierto de cierta extrañeza, de algo inexplicable.

—Pero siempre pasa así con los sueños, ¿no?

Simon Kraus le dirigió una sonrisa de complicidad. La mujer no se la devolvió. Era hermosa, elegante, iba ricamente vestida. *Como todas las otras.*

—Continúe, por favor.

—Ella se acerca de nuevo y puedo ver mejor su rostro. Está muy pálida y tiene la piel picada por la viruela. Su cabello es rubio. De un amarillo... desagradable. No puedo dejar de mirarlo.

—Desagradable... ¿A qué se refiere?

—Es del color de... la orina. Eso es lo que me digo a mí misma en mi sueño: «Esta niña con un cabello del color de la orina». Empiezo a sentir una violenta náusea.

Simon nunca tomaba notas. Un micrófono escondido debajo de su escritorio registraba cada sesión. Por otro lado, le encantaba garabatear, dulcemente, retratos de sus pacientes.

Esta era nueva. Un reto para el dibujante aficionado que era. Cejas altas (falsas; las reales se las había depilado) que evocan acentos circunflejos, boca pequeña como un terrón de azúcar, nariz respingona, las manos largas y delgadas... *Concentrémonos.*

—Mientras ella me habla, noto varios detalles. Al principio ella está sujetando una pala entre las manos. Más tarde noto la carretilla a su lado. Puede ser que ella la trajera consigo, no sé...

Él no dejaba de dibujar, el cuaderno yacía reclinado hacia él, de manera que nadie pudiera llegar a ver a qué se dedicaba. Ya estaba acostumbrado a ese tipo de narraciones. La gente acudía a su consultorio para confiar en él, para describirle sus problemas, sus ansias. Y, sobre todo, para contarle sus sueños.

Simon Kraus era psiquiatra; sin duda, uno de los mejores de su generación. Sin embargo, él prefería presentarse a sí mismo como psicoanalista; incluso si la denominación se había vuelto peligrosa, prestar atención a lo que angustiaba a esas señoras resultaba bastante lucrativo.

—¿Me está escuchando, doctor?

Ella lo miraba desde sus ojos grises, los cuales, a pesar de su vivacidad, parecían desgastados, descoloridos como guijarros en el fondo de un río. Fatiga, sin duda alguna. En agosto de 1939, en Berlín, nadie conseguía tener un sueño reparador.

—La escucho, señora... —miró de reojo el expediente— Feldman.

Durante unos segundos ella se quedó contemplando la decoración. Simon lo había diseñado todo él mismo, con el fin, precisamente, de dar seguridad a sus pacientes (solo recibía a mujeres). Paredes pintadas, color hueso; un sillón tipo «elefante» en cuero color café y un taburete a modo de diván, junto con un grueso tapete de lana con patrones de Kandinsky que daba la sensación de estar caminando sobre las nubes; una estantería de cristal dentro de la cual estaban cuidadosamente colocados sus libros de consulta y, sobre todo, su famoso escritorio art déco bajo el cual, sin que lo vieran, solía quitarse los zapatos.

—Veo en el interior de la carretilla un montón de cenizas. A la luz de la madrugada esta masa forma una mancha pálida parecida al rostro de la niña... A pesar de la niebla, todo está reseco: la ceniza, la tierra azotada por la escarcha, la piel de la niña... Incluso su voz. Como si fuera el producto de un mecanismo oxidado...

Simon casi había terminado su retrato. *No está nada mal*. Alzó los ojos.

—Volvamos a la pala. ¿Qué hace la niña con esa... herramienta?

—Ella me la extiende y me pide que cave.

Detrás de esta escena, Simon solo podía observar la banalidad del miedo que se había apoderado de todos los berlineses. Desde el advenimiento del nazismo, por supuesto, e incluso antes, bajo el régimen de Weimar...

Lo que le resultaba de particular interés al psiquiatra era el trabajo clandestino de la dictadura sobre las conciencias. El NSDAP, Nationalsozialistische Deutsche Arbeiterpartei, el partido nazi, no satisfecho con controlar los cerebros despiertos, se insinuaba en el interior del mundo de los sueños bajo la forma de un terror puro.

—Y, luego, ¿qué hace usted?

—Yo cavo. Extrañamente, no me doy cuenta de que se trata de mi propia tumba.

—Y ¿después?

—Cuando el agujero es lo bastante profundo, comprendo la situación. Esa chica me disparará en la nuca y volcará el contenido de su carretilla sobre mi cadáver. No son cenizas, sino cal viva. Precisamente en ese momento la niña se ríe mientras saca su arma y dice: «La ventaja con el óxido de calcio es que este no ataca a los metales. Usted tiene joyas de valor, ¿verdad? ¿Dientes de oro?». Me gustaría salvarme, pero mis piernas están tan rígidas como el mango de la pala.

Simon dejó a un lado su cuaderno. Ahora era su tarea acompañar a esta nueva clienta, hacerla salir de allí. Sin juego de palabras.

—Usted sabe, tan bien como yo, que solo se trata de un sueño, frau Feldman.

Ella parecía no comprender. Casi se estaba asfixiando.

—La niña me derribará con una bala y yo, en el fondo de la fosa, yo... yo sigo cavando, como para mostrarle que no he terminado, que debe dejarme unos segundos más con vida para finalizar mi trabajo... Es atroz... Yo...

Se interrumpió a sí misma, tomando un pequeño pañuelo de su bolso. Se secó los ojos y sollozó. Simon dejó que recuperara el aliento.

—De repente —continuó ella—, dejo caer mi pala y trato de escalar los bordes de la fosa. Es entonces cuando mi cuerpo se quiebra.

—¿A qué se refiere?

—Mi columna vertebral se parte en dos. Oigo con claridad cómo se agrieta y me encuentro bocabajo en el suelo, con la sensación de que las dos partes de mi cuerpo se agitan independientemente una de la otra, como una lombriz de tierra seccionada. Levanto los ojos y la veo apuntarme con su Luger (reconozco el arma, mi esposo tiene una igual). Ella cierra un párpado para apuntar mejor; el ojo que tiene abierto es amarillo también.

La mujer dejó escapar una risa burlona entre sus sollozos.

—¡Color de orina!

En la cumbre de un sueño, incluso el menor detalle puede resultar determinante, significativo.

—¿En qué está pensando en ese instante?

—En mis dientes de oro.

Ahogó un grito y se recogió entre sus propios sollozos. Simon se fijó en el vestido de su clienta y recordó que lo había visto en la Kaufhaus des Westens. Todo resultaba un buen presagio. En la próxima sesión le preguntaría sobre su esposo: la carrera de este, sus opiniones, sus ingresos exactos...

—¿Es usted judía, señora Feldman?

Ella se incorporó de un salto, como si la hubieran electrocutado.

—Pero... ¡Por Dios, no!

—¿Comunista?

—¡Absolutamente no! ¡Mi esposo dirige el Reichswerke Hermann Göring!

Levantó las cejas sorprendido, con un punto de admiración. De hecho, él ya sabía algo: la amiga que le había recomendado a frau Feldman había insistido en que su marido tenía bajo su mando gran parte del acero alemán.

Simon le concedió su sonrisa más benévola.

—Bueno, tranquilícese, señora Feldman, su sueño no es más que la expresión de una preocupación difusa, ligada, digamos, al contexto actual.

—Pero ¿qué significa eso?

«Eso quiere decir que todos vamos a morir con una Luger en la sien», casi le respondió, pero prefirió adoptar su singular cara de confianza: «Nada de lo que se diga en este consultorio saldrá jamás de aquí».

—Su mente está bajo una fuerte presión, frau Feldman. Por la noche se libera de su ansiedad a través de estos extraños escenarios.

—Me siento como si fuese una mala alemana.

—Es todo lo contrario. Tales sueños revelan su vo-

luntad de vivir feliz en Berlín, a pesar de todo. Como le decía, está purgando así sus miedos. El sueño es descanso. Y los sueños son el descanso de la mente; su recreación, si así lo prefiere. No tiene nada de que preocuparse.

Al decir esto pensó: *No pierdes nada con esperar.*

Ahora estaba concentrado en sus cejas depiladas. Odiaba esa coquetería. La línea sobre aquellos arcos desnudos tenía algo de obsceno y artificial al mismo tiempo. Simon apreciaba la belleza natural. En ese sentido era muy alemán, y no tan alejado de los nazis, a quienes solo les gustaban las chicas con trenzas, deportistas y rebosantes de buena salud.

—Discúlpeme... ¿Estaba diciendo...? —continuó, tomando de nuevo su asiento.

—Le preguntaba si la sesión ya ha terminado.

Él miró brevemente su reloj.

—Así es.

Enseguida se puso los zapatos, le cobró por la visita y acompañó a la mujer hasta la puerta. Tras unas palabras de aliento —se volverían a ver la próxima semana—, dejó en la puerta de su casa a la esposa del acerero Hermann Göring. Una imagen cruzó por su cabeza: tenazas arrancando los dientes de oro de frau Feldman.

Se pasó la mano por el rostro y regresó a su despacho. Rebuscando en su bolsillo, tomó la pequeña llave que siempre llevaba consigo, al final de una cadena atada a su chaleco, como un reloj de bolsillo.

Con cautela (y siempre con el mismo placer), abrió la puerta del armario contiguo a su despacho. La puerta que conducía a su reino secreto.